XI.

LA CITA.

Frank Perceval se presentó solo en casa de lo condesa de Derby, y Estevan le esperó en el coche.

Muchos ruegos fueron necesarios para resolver a lady Ofelia, verdaderamente dotada de una delicadeza escesiva é imbuida de aquella alta y digna reserva que reemplaza a la moral en nuestros altos círculos; fueron necesarias, decimos, muchas súplicas para determinarla a dar el paso de que dejamos hablado en el precedente capítulo.

—¡Entregar una carta clandestinamennte a una jóven!.. Esto en nuestras costumbres hipócritas que se encubren para la multitud con un velo austero de gazmoñería, traspasa en realidad los límites de lo posible y debe parecer a cada cual un absurdo irritante.

De trescientas docenas de ladies, ninguna seguramente dejaria pasar este hecho sin levantar los ojos al cielo y prorumpir en esta grande esclamasion o-o oh!

Pero el caso de lady Ofelia no era comun.

Pedimos por ella al lector, no la afrenta de circunstancias atenuantes, sino una franca y completa absolucion.

¿No sabia ella en efecto la amenaza que pesaba sobre el porvenir de miss Trevor y no conocia al mismo tiempo los derechos de Frank para hacerse el defensor de la pobre afligida?....

Así sus principales escrúpulos no tenian orígen de la natural repugnancia a toda alma elevada en una accion equívoca. Si lady Ofelia hubiera juzgado el paso vergonzoso o solamente vituperable en su verdadero punto de vista, nada del mundo la hubiera hecho cumplir su palabra. Sn duda era producida por otra causa: temia perjudicar a Rio Santo.

Habia revelado ya el secreto del marques y se arrepentia de ello; pues por cierta que estuviera de la destreza de Frank, temia no obstante una lucha para la que ella misma habia facilitado armas contra el hombre que amaba. ¿Deberia, pues, ir mas léjos, y dar la señal del ataque?

Presentada la cuestion bajo este punto de vista era mas fácil de resolver. A las primeras palabras de Frank se resistió la condesa; pero Perceval habia estudiado bien su papel. Confiado en sí mismo habia perdido el pleito a pesar de su elocuencia, porque el amor que defendia la parte contraria no podia ser vencido en el terreno de la elocuencia.

Ei secreto confiado por lady Ofelia, solo a ella le pertenecia; pero el honor de Frank estaba comprometido en velar por María Trevor. Guardar el silencio miéntras fuese posible, era su deber; pero las circunstancias le apremiaban. Lord James, en cuyo corazon hubiera permanecido tan guardado el secreto como en una tumba, rehusó toda aclaracion. Dos eran, pues, los únicos medios que podian adoptarse.

El primero consistia en ir a casa del marques y proponerle por medio de amenazas, dejase de pretender a María, si no queria sufrir los efectos del arma que su indiscrecion habia construido contra él.

El otro era mas sencillo: consistia en ver a María.

Pero María no salia y Frank no podia presentarse en Trevor House.

Tal fué, en sustancia, el informe de Perceval.

¿La eleccion de lady Ofelia podia ser dudosa entre los dos estremos de este dilema? Por el último medio propuesto, Rio Santo lo ignoraria todo, y el secreto permaneceria entre Frank y María Trevor.

Resignòse, pues, Frank: escribió una carta, y la condesa hizo poner el coche y marchò a Trevor House.

La turbacion escesiva en que la hemos visto, en el momento de entregar a María el billete de Perceval, era el resultado de las dos causas de que acabamos de enterar a nuestros lectores.

Pero ante lady Campbell escedia su vergüenza al amoroso temor, y así es que la condesa estaba sonrojada y temblando, no tanto por Rio Santo, como por ella misma.

Al salir la condesa de Trevor House, su frente estaba cubierta de sudor; entróse asustada en su coche sin aliento apenas, y pensando que todo Londres leeria al dia siguiente en su rostro el paso que acababa de dar.

Es Lóndres, tan benigno para el vicio admitido, aceptado y normal, como desconsiderado y sin piedad para cualquier falta definida.

Allí todo se puede hacer, pero de cierto modo.

El coche se detuvo a la puerta de Barnwood-House.

—¡No lo habria hecho! murmuró toda trèmula. ¡Oh! no me hubiera atrevido, ¡Dios mio!.... pero la pobre niña estaba tan pálida y parecia sufrir tanto....

La carta de Frank no contenia mas que algunas líneas: emplazaba en términos respetuosos, pero firmes y perentorios, dando una cita a miss Trevor en casa de miss Diana Stewart, prima de Frank Perceval.

María la leyó y permaneció un instante absorta.

—¿Pensais, Diana, que un hombre pueda amar a dos mugeres? preguntó al cabo de un rato.

—¿No sabeis, María, replicó Diana con aturdimiento, que el marques de Rio Santo nunca ama ménos de cuatro mugeres a la vez?

Una lágrima se deslizó por la mejilla de miss Trevor.

—Frank, es sin duda tambien así, murmuró esta, me ama al mismo tiempo que a esa muger.... Yo no le amo ya.

Y alargó la carta a miss Stewart.

—Escuchad, Diana, prosiguió: mañana cuando vaya a vuestra casa para verme, decidle que soy muy feliz.... que canto y rio contenta, y que apénas podriais vos igualarme en mi loca alegría.

Detúvose aquí fatigada, y entretanto Diana, que nada comprendia de todo aquello, echó una ojeada sobre la carta.

—¿Y qué, María, tendreis valor para negar la entrevista que os pide el pobre Perceval, herido y doliente?....

—¿Sufre él tanto como yo? replicó miss Trevor con voz cortada: decidle ... os acordais, Diana, ¿no es verdad?.... decídselo todo.... ¡Y bien! ¡cuando yo haya muerto, él sabrá lo que he sufrido.... pero hasta entónces, que me crea feliz!

—¡Oh María! ¡pobre María! murmuró miss Stewart, ¿qué maligna influencia pesa sobre vos?.... ¿qué mano ha puesto sobre vuestros ojos esa cruel venda que os ciega!.... ¡por piedad, por vos-misma, no rechaceis la sú-

plica de Frank, venid mañana, aunque sea para darle un postrer adios!

—Si la hubiérais visto, Diana, respondió María, encontrando alguna fuerza en un movimiento súbito de zelos; ¡si supierais cuán bella es!.... ¡no! ¡oh! ¡no, no iré!....

Como todas las naturalezas débiles, María era obstinada hasta el esceso, cuando no pesaba sobre su voluntad una influencia superior, y miss Stewart que la conocia no quiso insistir mas.

El dia siguiente acudió Frank Perceval a la cita a la hora señálada, y hallando sola a su prima, tuvo esta que participarle la triste noticia de la negativa de María.

Pero no tuvo tiempo Frank para manifestar su sentimiento, pues apénas acabó de hablar Diana, vieron entrar en la sala a miss Trevor, que no se habia hecho anunciar.

Estaba vestida de blanco, a pesar de ser en lo mas crudo del invierno y por la mañana; uno de esos graciosos sombrerillos de paja de Italia que nuestras ladies llevan en toda estacion, ocultaba sus hermosos cabellos, de los que se escapaban algunos bucles lacsos por la humedad.

Atravesó la habitacion con su paso elegante y ligero de otro tiempo y alargó la mano a Diana, y en seguida a Frank.

Despues se sentó entre ellos como otras veces tenia de costumbre àntes del viage de Perceval.

—Toda la noche he soñado con vosotros dos, dijo; soñando despierta, porque hace mucho tiempo que no duermo.... He pensado que mi querida Diana me creeria con un mal corazon, y he querido ver a Frank.... tambien diré mi querido Frank, añadió con cierta sonrisa, para asegurarle que María Trevor desea siempra verle feliz.

Estas palabras las pronunció con una voz sencilla y firme, que no parecia turbada por ninguna emocion.

—Quitadme el sombrero, Frank, pues mi pobre cabeza no puede resistir su peso.... Gracias, Frank, prosiguió con una imperceptible amargura cuando Perceval la hubo obedecido. No habeis olvidado en vuestro viage el arte de servir a las señoras.

Sus hermosos y largos cabellos cayeron entónces en ligeros bucles, libres de todo lazo, sobre sus hombros, imprimiendo sus dorados reflejos en su adelgazado rostro; aun estaba hermosa, pero su beldad no parecia ya pertenecer a la tierra; se hubiera creido una de esas blancas vírgenes que la tétrica poesía de Ossian presenta abandonando la tumba y dando la forma de su impalpable aliento al aire del Norte que se las lleva, haciendo flotar a lo léjos sus rubias trenzas los diáfanos velos que la cubren.

Miró sucesivamente a Perceval y miss Stewart, miéntras que estos permanecian mudos de sorpresa, y dijo:

—Parece que estais triste, querida Diana, y vos Frank, estais muy cambiado.... lo que es yo, no sé si me muero ó me vuelvo loca.

Estas estrañas palabras fueron pronunciadas con ese tono indiferente que se toma para hablar de una cosa insignificante; pero cayeron como un plomo helado en el corazon de Perceval, é hicieron estremecer a Diana.

María no reparó en la dolorosa impresion que producia, y meneó su linda cabeza con una especie de infantil coquetería.

—Diana, continuó de repente, ¿no os acordais ya de vuestro papel?.... Cuando estamos los tres así reunidos, al cabo de algunos minutos os da siempre el capricho de

tocar el piano.... y entonces, querida Diana..... nos quedamos Frank y yo solos....

Miss Stewart permanecia inmóbil, y María dió una patada de impaciencia en la alfombra.

—¡Y bien, Diana! esclamó con viveza, ¡mientras estés aquí no me dirá Frank que me ama!....

Diana se levantó, movida por impulso maquinal y se dirigió hácia el piano, el cual se abrió.

María alargó la mano a Perceval, que la contemplaba con dolor; los fugitivos colores que la reciente impaciencia que habia sufrido atrajeron a sus megillas, desaparecieron, é inclinando la cabeza sobre el pecho, no profirió una palabra.

Diana pasó los dedos por las teclas del piano, de donde salian algunas notas sin concierto.

Este ruido inesperado produjo en María Trevor el efecto de una conmocion eléctrica, y estremeciéndose con violencia, levantó de repente la cabeza y retiró su mano de las de Perceval.

—¡Oh! esclamó dando un suspiro prolongado.

Despues mirando a Frank como si le percibiese entonces por primera vez, se alejó diciendo:

—¿Qué haceis aquí, milord?

—¡María, mi querida María! esclamó Frank, que preferia este rigor repentino al estraño abandono que miss Trevor acababa de mostrarle: ¡María, en nombre del cielo, no rehuseis oirme..... no seais tan cruel como vuestro padre.... no me rechaceis ántes de oir mi justificacion.... ¡Yo os amo siempre, María, y no he cesado un instante de amaros!

María hizo un esfuerzo para conservar la frialdad que aparentaba.

—Milord, dijo, me sorprenden vuestras palabras. ¿Para que justificaros? yo no os acuso.... eso seria dar harta importancia a un pasado que está léjos de nosotros, y que nos hallamos ambos en el caso de olvidar enteramente.

—¡Ambos, María!.... ¡Oh, no!.... ¡al ménos yo, no!.... ese pasado será siempre mi recuerdo mas grato.... ¡Dios mio! ¿será cierto que ya no me amais?....

—Es cierto, milord.

—¿Y podeis decírmelo sin conmocion, María?

—Lo puedo, milord, y lo debo, porque soy la prometida del marques de Rio Santo.

XII.

CONFIDENCIA.

El nombre del marques de Rio Santo, pronunciado por los labios de María Trevor, traspasó el corazon de Frank como una puñalada: sus facciones fatigadas por la calentura, y pàlidas por los padecimientos de su herida, demostraron evidentemente el acerbo dolor que se apoderaba de su alma, y que le dejó por largo espacio sin fuerzas para poder contestar.

El corazon de María se conmovió, y sintiendo inclinarse hácia Perceval, se reconvenia por los padecimientos que le ocasionaba. La pobre niña conocia que era amada, y libre un instante de la sofística influencia que ejercia sobre ella lady Campbell, se entregaba a la deliciosa idea del amor de Perceval.

Uno de los principales rasgos del carácter de Frank era un orgullo tétrico que llevaba al estremo la susceptibilidad de su delicadeza. Pasado el primer momento de su dolor, volvió a tomar su carácter altivo, encubriendo su herida con un velo.

Cambióse el curso de sus ideas, y arrebatado un instante por su amor, estuvo casi a punto de olvidar el objeto de su visita. Habia ido para reconvenir, y le vemos que piensa únicamente en defenderse. Si hubiera continuado un momento mas, si hubiera esplicado a María los motivos de la presencia de Susana en Dudley-House, la pobre niña enternecida y arrepentida ya del mal que acababa de hacer, habria cambiado al instante de ideas ¡y con qué alegría!

Pero Perceval no tuvo por conveniente continuar por entónces la esplicacion enunciada.

—Señora, dijo con esa voz grave y firme que llama la atencion; yo ignoraba que fuéseis la prometida del marques de Rio Santo, pues si lo hubiese sabido no hubiera dado el paso que motiva mi visita.... Yo no hablo ya por mí, señora....Suceda lo que quiera no pronunciarán mis labios quejas ni ruegos. Trataré de olvidar, como vos, aquellos caros recuerdos de amor que eran mi mas precioso tesoro.... Señora, ya no hay juramentos entre nosotros, pues aquellos que vos me hicistes, os los dispenso.

María escuchaba, guardando la actitud altiva que desde el principio de la conversacion habia tomado; pero vencida ya en el fondo de su corazon, apénas podia contener las lágrimas.

Miss Stewart continuaba sentada a su piano, dejando correr sus dedos a la ventura por el teclado, y tocaba, sin saberlo, el alegre estribillo de una cancion francesa.

—Pero aunque nada tenga que esperar, respondió Perceval, cuya voz se dulcificó, yo amo aún y nada he hecho, señora, que pueda hacerme perder el derecho de velar sobre vos y de evitaros, miéntras que en mí penda, la horrible desgracia que os amenaza....

—No os comprendo, milord, balbuceó María.

—Me esplicaré, señora.... ¡Oh! no temais hallar en mis palabras amargura ó reproches.... El movimiento de cólera escitado en mí por vuestra fria acogida está ya léjos de mi corazon.... Vos habeis sufrido, María.... ¡sufrido horriblemente! y aun continuais sufriendo.... Vos que cuando os dejé estabais tan fresca y lozana; que pareciais dar vida a los demas séres.... ¡Ah! pobre María, os perdono....

—He sufrido mucho, milord, es verdad, y debo pareceros bien desfigurada, dijo miss Trevor;—desde que ya no os amo, los dias se me pasan sin alegría y las noches en un continuo llanto....El por qué.... no lo sé.... Amo al marques de Rio Santo, que me corresponde.... ¿Deberia ser desgraciada?

—¡Pobre María! interrumpió Frank, que la contemplaba con las manos cruzadas y con indecible compasion. ¿Decis que no me amais?.... No.... si así fuese no lo diriais.... tendriais escrúpulos de destrozarme de este modo mi corazon.

—¡Oh! no, milord, interrumpió María humedeciéndose le los ojos; ella es mas bella que yo....las lágrimas no la han ajado su hermosura.... ¡Oh! no, no tengo escrúpulo en deciros que ya no os amo.

—¿Tambien vos la habeis visto, señora? preguntó Perceval.

—La he visto, milord.... ¿Sé yo acaso por qué me siento desfallecer al verla? ¡Ah! Frank, mi cabeza se halla débil como mi corazon.... Acaso creia amaros aún.... Sí, la he visto.... subia las escaleras de Dudley House. Mi padre la ha seguido.... y esto ha ocasionado el que yo sea la prometida del marques de Rio Santo.

Entónces puso su mano en la frente y cerró los ojos.

—¿Pero perteneceis a él por fuerza ó sorpresa? esclamó Frank.

—¿Quién os ha dicho eso, milord? preguntó María levantando la cabeza.... ¿No puede envanecerse cualquiera muger del amor del marques de Rio Santo?

Frank volviò la vista sin contestar.

—Soy una loca, replicó miss Trevor: me desconsuelo con desatinos, mièntras debiera alegrarme.... ¿No debia yo tenerme por dichosa al verme olvidada, cuando yo misma he dado el ejemplo?

—Señora, dijo Perceval desechando por segunda vez la dulzura que ocasionaba su preocupacion amorosa; no me es dado comprender lo que pasa en el fondo de vuestro corazon.... En cuanto a mí no he cesado jamas de amaros; una palabra serà suficiente para justificarme.

—Justificaos, pues, contestó balbuciente y con acento bajo miss Trevor.

Frank le tomó la mano y la besó.

—Los que así han ofuscado vuestro corazon leal y bueno, son muy crueles, María, dijo Frank; ¡oh! sí, os he amado siempre.... y siempre os amarè.

—Pero esa muger, milord....

—Yo no la conozco, María.... Esa muger ha representado en mi cabecera una pérfida é infame comedia.... esa muger estaba apostada....

—¿Pero por quién, Frank?... ¡Dios mio! ¿por qué no he de poder desechar mis ideas?

—Por el que sin duda ha intentado envenenar mi herida....

—¡Oh! Frank.... murmuró la pobre niña con horror.

—Por el hombre que solo en este mundo tenia interes en mi muerte ó en mi desgracia.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! dijo sollozando María. ¡Han intentado mataros, Frank, mi noble Frank! ¡y yo os rechazaba!....

Interrumpióse y su mirada se quedó fija y triste de repente.

—Y yo que ahora soy su prometida.... continuó. Esto es demasiado, milord; no os creo.

—¡Pobre niña! murmurò Frank aumentàndose su emocion: ¿quién ha podido reducirla a este punto?....

Escuchadme, señora, repitió súbitamente. Yo nohe venido aquí para reconveniros por vuestra conducta, ni para justificar la mia....solo he venido a sacaros del borde de un precipicio....Lo que voy a hacer por vos lo haria por cualquiera otro, porque haciéndolo cumplo con el deber de caballero.... Escuchadme.

María le miró con temor y subyugada por la solemnidad de sus palabras.

—Reside en Londres una noble muger que se ha compadecido de vos y de mí, señora, continuó Perceval: ella me ha confiado un secreto a fin de que os salve. ¿Quereis jurar, María, de no revelar este secreto?

—¿En qué me atañe, milord?

—Tiene relacion con la conducta pasada del hombre que se os quiere dar por esposo.

—Milord, no puedo escuchar nada en contrario al marques de Rio Santo.

—Vos me escucharéis sin embargo, María, esclamò Frank; vos me escucharéis, sí, os lo suplico.

Y pasó el brazo por la cintura de miss Trevor, cuya frente se despejó.

—Vos me escucharéis, repitió Frank con emocion, porque me amais aún, María, a pesar de ellos y vuestro.

—¡Es verdad! dijo la pobre niña. Frank, os quiero mas que àntes.... Mas soy su prometida....

Y estrechó con sus brazos el cuello de Perceval con el gracioso abandono de un niño y se puso a mirarlo con dulce sonrisa.

—No debeis alegraros ni entristeceros, mi muy amado Frank, añadió; mirad, no tengo ya fuerzas. Dios que es bueno me envia la muerte con su misericordia....

—¡No, vos no moriréis, María! esclamó Frank con una angustia mortal que le dejó sin aliento: la dicha os volverá la vida.... y yo impediré, bien mio, que se verifique ese odioso matrimonio.... Jurad, María, jurad que guardaréis el secreto de lady Ofelia....

—Ella es buena y sufre tambien, dijo María. Yo lo juro.

Frank la estrechó en su seno.

—María, continuó en voz baja: ¿sabeis que la condesa ha debido casarse con el marques de Rio Santo?

—Sé que ella le ama, respondió María.

—Acaso os acordaréis de un estrangero que vino a Londres en la misma época que el marques, y que por consecuencia yo no he podido conocer, llamado el caballero de Weber.

—Me acuerdo, Frank.... Al cabo de tres meses marchó para la India.

—No, María, aquel caballero marchó mas léjos y no volverá de su viaje.... pues fuè asesinado.

Frank sintió estremecerse entre sus brazos a la débil niña.

—Ese caballero era jóven, rico y elegante, continuó Perceval. En uno de los bailes de Almack en la última estacion, se enamoró de la condesa de Ofelia, quien estando comprometida con el marques debió rehusar acto

continuo las insinuaciones del nuevo pretendiente.—Weber no se desanimó por esto, sino que escribió a la condesa una carta apasionada, en la que le juraba no se uniria su suerte a la de Rio Santo. En esta carta hablaba con palabras embozadas de peligros terribles, y se ofrecia revelar de viva voz, hechos tan graves del marques, que la condesa no podia contraer con él matrimonio sin hacer una locura.

"Si no recibo terminantemente contestacion, milady, decia él, me presentaré mañana en vuestra casa a las once en punto."

La condesa, despreciando el aviso, no se dignó en el primer momento dar contestacion; sin embargo, llegada que fué la noche, acordándose del contenido de la última frase de la carta, resolvió contestar a fin de evitar la visita anunciada por el caballero Weber.

Para contestar era preciso saber la residencia del caballero. La condesa buscó la carta que habia dejado abierta sobre el tapete de un velador; pero esta ya no estaba allí.

El marques de Rio Santo habia penetrado solo aquel dia en el gabinete en donde se hallaba la carta.

El corazon de María latia fuertemente contra el pecho de Frank. Este, algo asustado, se separó algun tanto de María para poderla observar mejor, la cual se hallaba pálida, sin demostrar mas sufrimiento que el que tenia de costumbre.

Diana Stewart tocaba un hermoso wals, cuya discreta armonía se elevaba como una barrera entre su oido y la confidencia de Perceval.

Este continuó:

—La condesa pasó una noche inquieta y agitada.

A las diez de la mañana del siguiente dia, el marques de Rio Santo estaba ya en casa de aquella.

Lady Ofelia no me ha enterado de los detalles de aquella entrevista, señora. Todo lo que sé es que Rio Santo llevó dos espadas bajo su *carrick*, y que la condesa vencida por sus imperiosas súplicas, le dejó solo en el salon despues de haber dado órden de introducir allí a M. Weber en el momento que se presentase.

Señora, nadie puede saber a punto fijo lo que allí pasó entre el marques y el caballero, porque su entrevista no tuvo testigos. La condesa, que estaba medio muerta sobre un sofá de la sala inmediata, no comprendió nada porque hablaban muy despacio.

El marques mandaba, y el caballero parecia defenderse y suplicar.

Luego se observó un profundo silencio interrumpido por el ruido de dos espadas que se cruzaban.

Al cabo de un instante uno de los dos combatientes cayó súbitamente en el suelo, y la condesa se precipitó en el cuarto, temiendo por la vida de Rio Santo.

Pero cuando ella abrió la puerta estaba el marques en pié inmóbil delante del caballero tendido sin vida en el suelo.

—Le habeis muerto, milord? esclamó ella.

—Señora, respondió tan solo Rio Santo. ¡Queria colocarse entre nosotros!

—¿Me escuchais, María?

Frank hizo esta súbita pregunta, porque desde algunos segundos toda la persona de miss Trevor, habia tomado un aspecto estraño. Permanecia inmóbil en su silla; su pecho agitado interiormente, no latia; sus grandes ojos abiertos no miraban.

Vestida de blanco, y no teniendo en sus manos ni en

su rostro descolorido ninguna señal que indicase la circulacion de la sangre por sus venas, parecia una hermosa estátua de mármol.

María no respondió a la pregunta de Frank, y asustado este cogiò una de sus manos y la halló fria; mas al soltarla cayó esta a plomo.

—¡María! ¡María! esclamó Frank. ¿Qué teneis? contestadme.

El mismo silencio; la misma inmobilidad.

—¡Oh, Diana! dijo Perceval, venid, os lo suplico.... ¡María està muerta!

Miss Stewart llegó de un brinco hasta su amiga, quedando inmóbil al ver el aspecto de María. ¡Muerta! dijo esta; esto es imposible.... ¡María!.... ¡en nombre de Dios! ¿qué le habeis hecho, Frank?....

—Le he dicho lo que es Rio Santo, respondiò Perceval ....¡Oh, Diana! no son mis palabras las que le han herido.... el golpe viene de otra época mas lejana.... pobre mártir! ¡cuán cruelmente han atormentado su corazon! Dios nos la volverá a la vida; así lo espero; pero ¿á quién se debe achacar la pena de su lento suplicio? ¿Qué verdugo es bastante impío?

—Escuchad, interrumpió Diana: oigo ruido.... y ahora no debe entrar nadie....

En seguida se precipitó hácia la puerta para cerrarla; mas ya era tarde, pues al llegar se encontró de manos a boca con lady Campbell.

—¡María y Frank! gritò esta volviéndose pálida de cólera: ¡cómo, miss Stewart! añadió dando a su voz una inflecsion de amargo desden,—¿la casa de vuestra madre es la destinada para citas amorosas?

—Señora, respondió Diana sonrojándose, el momento no es oportuno....

Y señaló con un gesto a miss Trevor, que continuaba inmóbil y como petrificada.

—El momento es siempre oportuno para indignarse a la vista de una accion vil é inescusable, señorita, respondió secamente lady Campbell, que no sospechaba el estado de María.

—¡Ah, señora, señora! esclamó miss Stewart, incapaz de poder contener por mas tiempo su cólera; hace un momento que preguntaba Frank Perceval quién era el verdugo, el implacable verdugo, capaz de haber atormentado así a esta tierna y querida niña....

—¿Es ella?.... murmuró Frank lanzando una furiosa mirada a lady Campbell.

Esta, tomando un aire de dignidad altanera, pasó con la cabeza erguida por delante de Diana y Frank, y es adelantó hácia María.

—Venid, niña, la dijo: salgamos de una casa a donde no debiais haber venido.

Como María no respondió, quiso cogerla la mano; pero al contacto de sus dedos de mármol diò un grito y cayó aterrada sobre un sofá.

Frank se acercó a ella con paso lento.

—Yo os la habia dejado jóven, hermosa y feliz; dijo con voz indignada y vertiendo lágrimas. Feliz, ¿lo oís?.... y sin embargo, vedla como se muere.... ¡Ah! los hombres no os juzgarán, señora.... ¡¡ue Dios os perdone!